

PARA la mayoría de las fuerzas del arco parlamentario y constitucional (UCD, PCE, PSOE, PNV), e incluso para los que a toda costa quieren acercarse a este "status" (ORT, PTE), el origen y la causa principal de la agudización de las tensiones sociales y políticas es el terrorismo, la actuación militar de ETA en particular y, en general, la llamada ola de terrorismo que amenaza —según portavoces oficiales— convertirse en el "cáncer de las sociedades democráticas" de Occidente.

Naturalmente, los revolucionarios y las fuerzas progresistas no podemos romper muchas lanzas en favor de la disparatada y peligrosa pendiente por la que ruedan los comandos de ETA, por muchas razones de orden estratégico y táctico.

Pero menos lanzas podemos romper en favor del Gobierno y del arco parlamentario que lo sostiene. Porque el verdadero origen de las tensiones sociales y políticas radica precisamente en la política de gobierno de la derecha y en la actitud de una oposición de izquierda empeñada activamente en sacar las castañas del fuego a la burguesía monopolista y a su Estado.

A estas alturas, sólo una demagogia del calibre de la que se usa y gasta en las criptas del Parlamento y el Senado, puede sostener que los problemas de la reforma vienen de los comandos etarras o de la supuesta irresponsabilidad de la extrema izquierda.

Los problemas de la crisis política actual son el producto de una reforma hecha y desarrollada según los intereses del capital monopolista. El famoso "descanto democrático" que todos detectan hoy entre sectores populares numerosos, proviene de la constatación de que la reforma democrática no ha traído el más mínimo cambio positivo en las condiciones de vida de los trabajadores y el pueblo. Por el contrario, éstos se degradan, las cifras de paro aumentan diariamente, los problemas agrarios se agigantan, el poder adquisitivo de las clases populares desciende, mientras las famosas e inexistentes contrapartidas políticas están siendo un fraude a la lucha democrática que el pueblo desarrolló bajo el franquismo.

Puede parecer una exageración tendenciosa trazar un cuadro de la situación de estas características, pero basta echar un vistazo a la Constitución para comprender que los parámetros actuales de la vida política, lejos de atacarse a fondo, han quedado convertidos en letra constitucional, es decir, en más armas legales en manos de la burguesía.

La Constitución es una Constitución hecha por y para la derecha. El problema de las autonomías y la autodeterminación ha sido tratado bajo el punto de vista del centralismo autoritario de la

UCD. La Monarquía de Franco no ha pasado a ser legitimada por la voluntad popular, sino que ha entrado en la Constitución de tapadillo con el silencio cómplice, cuando no con el aplauso, de la izquierda parlamentaria. En la Constitución quedan una vez más garantizadas las injerencias en la vida democrática de la institución eclesástica y la militar, tomando funciones y privilegios que no les atañen desde el punto de vista de

CONSTITUCION Y FUTURO DEMOCRATICO

Enrique Pérez
Cañamares

(Del Comité Federal de la OIC)

una democracia amplia y favorable al desarrollo de los intereses populares. En la Constitución aparecen una vez más los estados de excepción, y en la ambigüedad y oportunismo del texto quedan en agua de borrajas los derechos de la mujer, la juventud y las minorías marginadas.

Esta Constitución no podrá servir de cimiento para la democracia, sino de factor de agravación de las tensiones sociales en el presente y en el futuro. Esta Constitución no parará a la derecha por mucho que los defensores del sí lo aseguren. Antes al contrario, como ya hemos visto, esta Constitución es una garantía para la política de la derecha y el crecimiento de la extrema derecha.

Y no es que resulte a nadie extraño que la derecha (UCD) optara por una reforma del tipo de la que se ha desarrollado; ni que deflendan una Constitución lo menos democrática posible y lo más ambigua —derechistamente ambigua— de las que era necesario haber elaborado. A nadie extraña que la burguesía, a través del Gobierno de UCD, intente doblegar con sucesivos pactos la lucha de los trabajadores y el pueblo por sus necesidades económicas, políticas y sociales. Está dentro de la lógica de la lucha de clases.

No es extraño tampoco que UCD trate los problemas nacionales con soluciones más o menos encubiertamente policiales. La UCD representa a la derecha del país, al capital monopolista que tiene una crisis política y económica cuyas soluciones

chocan con las soluciones que requiere y reclama el pueblo.

Lo que agrava la situación es la posición de la izquierda reformista. Una izquierda reformista PCE y PSOE que ha mantenido activamente una política de desinformación popular ante los debates constitucionales, que ha convenido en echar toda la tierra que hiciera falta sobre los sucesos de Málaga, Tenerife, Atocha, que no ha dudado en entregar atado de pies y manos al movimiento obrero a la patronal, con la excusa de unas contrapartidas que ella misma hoy reconoce que no se han cumplido, y que en su tiempo sabía que no se iban a cumplir.

Una izquierda que ha convenido, en fin, en hacer una Constitución de derechas, para la derecha, burlando el voto de izquierdas y el mandato popular que la llevó al Parlamento.

El referéndum será —debe serlo— una buena ocasión, no ya para hacer un balance del pasado, como si éste estuviera muerto y enterrado, sino para hacer un balance del futuro a través de un pasado que está vivo y presente, y que por añadidura queda escrito y legalizado en el texto constitucional.

Y por eso, ante este futuro, la única postura válida ante una Constitución de derechas es el rechazo a la misma como única forma de mantener levantada ante los trabajadores y el pueblo la bandera de la ampliación de las libertades políticas y el socialismo, como la única forma de combatir cualquier tendencia involucionista de la burguesía.

Se equivocan, pues, los que nos tachaban de aventureros o ilusos. No oponemos a la Constitución de derechas una Constitución socialista, porque la situación del movimiento obrero y revolucionario no da para afrontar estas batallas. Pero para dar pasos firmes hacia el socialismo, oponemos a la política de derechas, a la política de complicidad de consensos y pactos, una alternativa: la ampliación de las libertades, la defensa de las aspiraciones y libertades nacionales de los pueblos.

La abstención ante el referéndum es la mejor síntesis de este juicio sobre la realidad política y sus posibles salidas. La abstención rechaza la Constitución, pero también rechaza por antidemocrático y antipopular el método de su elaboración, y es al mismo tiempo un juicio sobre la reforma política y la actitud que han tomado las fuerzas de la izquierda parlamentaria en ella.

El pueblo ha estado al margen de la reforma, del debate constitucional, al pueblo se le ha mantenido apartado de la política de pactos; pues bien, al pueblo sólo le cabe una respuesta, a los trabajadores de izquierdas sólo les cabe un agrupamiento: la abstención activa y consciente. ■